

ISSN-0185-9080

foro 67

universitario

EPOCA II, AÑO 6
JUNIO
1986

**LA MODERNIZACION
DE LAS UNIVERSIDADES ESTATALES**

FINANCIAMIENTO Y AUTONOMIA: LA UAA

José de Jesús Escalera Jiménez

UANL: EL PROYECTO LINARES

Marco Antonio Castro Gutiérrez

UJAT: EL MODELO DE EXCELENCIA

Ligia Hernández Chárraga



PRECIO \$300.00

LA UNIVERSIDAD INSTRUMENTALIZADA

Miguel Angel Casillas Alvarado

Las universidades con proyectos alternativos* mantienen rasgos comunes en su desarrollo, por supuesto son distintas y cada una requiere de análisis particulares para comprender sus procesos históricos. En las siguientes líneas se intenta destacar un proceso de instrumentalización que afecta a todas; sin menoscabo de sus singularidades, se destaca aquello que les es común.

Las universidades "democráticas" enfrentan con particular dramatismo, la presencia de un conjunto de prácticas, hábitos y relaciones políticas que comprometen seriamente la posibilidad de que los enunciados

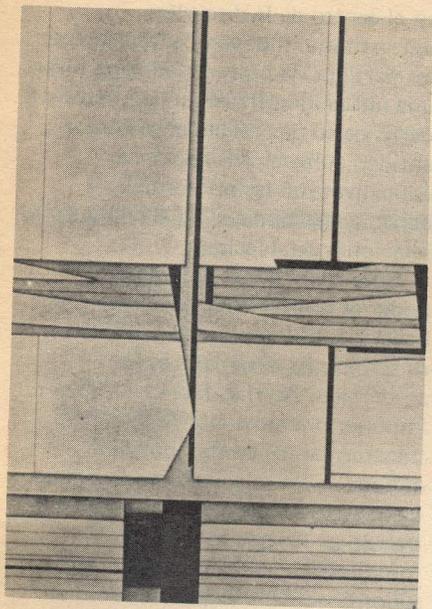
discursivos transiten al terreno concreto de las prácticas académicas. Estas universidades se encuentran empantanadas en un contradictorio proceso, en el que su naturaleza estrictamente educativa es subordinada por el quehacer político en todas sus esferas y niveles.

Mucho se ha dicho sobre los problemas que viven este tipo de universidades, sobre todo se ha enfatizado el análisis de sus enfrentamientos con el Estado y los gobiernos locales, sus déficit presupuestarios y sus conflictos políticos internos. Sin embargo, la atención a sus problemas académicos, sus hábitos pedagógicos y su identificación como entidades culturales, ha sido desatendida.

Los proyectos alternativos asumidos institucionalmente por algunas universidades son producto de una búsqueda por transformar la educación superior; su sentido renovador y crítico se opone (discursivamente) a las intenciones de la política estatal hacia la educación. Estos proyectos representan la expresión de fuertes movimientos universitarios llenos de buenas intenciones; son resultado de una lucha contra lo tradicional y resumen la experiencia

democratizadora más sólida en este campo. En ese sentido, forman parte de las realidades que nos permiten avanzar hacia la formulación de nuevos planteamientos, ésto es, hoy es posible y necesaria su revisión a partir de que existen como experiencia vivida. Su reconocimiento crítico nos puede dar luz de sus aciertos y errores, de sus avances y limitaciones.

Una de las explicaciones más generalizadas del porqué los procesos democratizadores no han transitado al terreno de las prácticas académicas, es que durante un largo tiempo se puso el acento en la democratización de los órganos de gobierno. La historia de las luchas universitarias pareciera corroborar esa explicación. Incluso, durante mucho tiempo fue válida aquella aseveración que decía, que la garantía de una transformación académica profunda (que afectara las funciones básicas de la universidad) era la existencia de formas democráticas de gestión. Las prioridades en los movimientos universitarios de corte democrático, se establecieron entonces en la lucha por encontrar mecanismos novedosos de dirigir las universidades. Sin embargo, no se ha cuestionado cual era la intencionalidad política de la izquierda y fuerzas democráticas al otorgar prioridades a la gestión frente



a la academia, y escasamente se ha realizado una reflexión crítica de las concepciones allí presentes.

Es indudable que en estas universidades el peso y responsabilidad de la izquierda es fundamental. Los sujetos políticos promotores de las reformas universitarias no escapan a una identificación con los grupos y organizaciones políticas de izquierda, con su cultura, teorías y concepciones. De ahí que sea posible encontrar una estrecha relación entre la política seguida por la izquierda y las características específicas de los proyectos alternativos. La práctica política de la izquierda se ha orientado en el sentido que sus organizaciones (grupos y partidos) desarrollan en un terreno particular: la política. Así, el ejercicio práctico de la política y las concepciones que sobre ella se tienen,

han marcado a los procesos de lucha universitarios.

De esta manera, es insostenible una visión ingenua de la historia de estas universidades; el acento puesto en la gestión no es gratuito, corresponde en mucho a la actividad política de la izquierda. Esta ha dado prioridad a la "toma del poder" universitario a costa del desarrollo de un planteamiento alternativo en lo académico.

Tradicionalmente la lucha de la izquierda ha sido política; su problema central, la toma del poder. Así sus objetivos y sus prácticas se han orientado a la conquista de los puestos dirigentes de la institución y al sostenimiento de sus micropoderes; el gobierno ha sido su búsqueda constante.

En su lucha por el gobierno universitario, la izquierda también ha promovido acciones que afectan las funciones básicas de la universidad; como entidad cultural, la izquierda ha tratado de utilizarla, en muchos casos en un sentido instrumentalista. Lo académico ha estado presente en el discurso de la izquierda, aún cuando lo predominante en la práctica haya sido la búsqueda por satisfacer sus intereses de poder. Reiteradamente las propuestas de transformación académica han estado impregnadas de una concepción instrumentalista de la institución.

Durante muchos años gran parte de la izquierda universitaria consideró que la universidad debía ser "militante", debía convertirse en un instrumento de la revolución y un centro de proyección de los objetivos políticos generales de sus grupos y

organizaciones. Al partir del supuesto que la universidad tradicional era burguesa, ya que servía para reproducir la técnica y la ideología del capitalismo, la izquierda buscaba tomar el poder para invertir las funciones institucionales y colocarlas al servicio del proletariado. En un artículo publicado en **foro universitario** n. 47, Olac Fuentes escribió: 'Existe instrumentalismo cuando las funciones sustantivas de la institución se subordinan a objetivos políticos que no les corresponden y cuya realización debe darse en otros terrenos de lucha social y partidaria'.

La universidad fue concebida como un centro de formación de cuadros revolucionarios, inmersa en el contexto de la lucha por el socialismo. En el mismo trabajo arriba citado se afirmó: "Cuando no existe un proyecto político de los socialistas para la universidad, la institución es inevitablemente usada para fines distintos a los que ahí pueden cumplirse y aparecen incluso concepciones sustitutas y vanguardistas que asignan a la universidad tareas revolucionarias que sólo pueden realizarse en la lucha de masas y en la acción partidaria. Ello no sólo es políticamente ineficiente en el largo plazo, sino que tiende a anular las posibilidades transformadoras de la universidad en cuanto tal".

En este plano, los grupos y organizaciones de izquierda se encuentran empantanados para realizar una crítica profunda y una real transformación de sus prácticas cotidianas en las universidades. Salvo

honrosas excepciones, las prácticas políticas de la izquierda universitaria reproducen los estilos tradicionales del quehacer político nacional; éstas siguen siendo caciques, demagógicas y grupusculares; continúan vigentes el gremialismo, el compadrazgo y el nepotismo. La lucha por el poder hace conflictivas las relaciones entre las fuerzas y organizaciones. En este desolador panorama los partidos negocian por encima de las organizaciones de masas y, en muchos casos, las siguen considerando como "correas de transmisión" de sus políticas.

El horizonte se encuentra nublado, la izquierda tradicional difícilmente puede transformar sus formas y mecanismos de hacer política. Reconsiderarlos implicaría poner en juego sus "poderes ya conquistados"; prácticas cotidianas, es algo que se encuentra fuera de su historia y de sus posibilidades.

Para no caer en un pesimismo que inmovilice, para dejar de ser conservadores, es imprescindible imaginar nuevas alternativas y trabajar por su realización. Transformar a la izquierda partidaria desde dentro hoy suena utópico, salvo que medie una confrontación social que la obligue a cambiar. Entonces no queda otro camino que el de luchar fuera, de buscar el fortalecimiento autónomo de las organizaciones y grupos universitarios.

Las universidades con proyectos alternativos, aún cuando hayan conquistado estatutos legales para un ejercicio democrático de gestión, no han logrado superar los niveles de

participación universitaria y menos cambiar los estilos prácticos de la política de gobierno predominantes en la vida pública del país. En este sentido es preciso derrotar el burocratismo al que se encuentran sometidos los consejos técnicos y universitarios, para que recuperen la naturaleza académica que debiera ser su razón fundamental de existencia. Asimismo, los universitarios sólo pueden llegar a participar autónomamente en la medida que se eliminan las representaciones partidarias en los organismos de gestión académica; ésto es, los representantes de la comunidad deben serlo por sus méritos y propuestas académicas, como representantes tienen su responsabilidad con sus representados, sean o no de algún grupo deben anteponer sus intereses partidarios a los de la comunidad.

Los hábitos de trabajo académico y de participación política de la comunidad universitaria se encuentran anquilosados. Deben construirse relaciones de poder basadas en nuevas perspectivas y nuevos intereses, prioritariamente atendiendo el rescate de la naturaleza educativa de la institución. Una transformación en este sentido conlleva un trabajo a largo plazo de extrema dificultad.

La universidad alternativa será aquella que transforme radicalmente su ejercicio académico en un sentido democrático, antiautoritario, plural y crítico, que se reconozca y legitime ante la sociedad por la calidad de sus propuestas y acciones. La práctica educativa debe cambiar, y para ello es necesario colocar su cuestionamiento

en el centro de la discusión universitaria. Independientemente de los partidos, la universidad debe forjar una nueva identificación de intereses a partir de su reconocimiento como entidad cultural; sus relaciones educativas son las primordiales y deben ganar su papel en el conjunto de relaciones establecidas.

Sólo fuera de las luchas por el poder es posible crear un consenso hacia una nueva práctica educativa; su terreno de desarrollo es lo académico. Aquí es factible ensayar, impulsar prácticas alternativas para transformar los contenidos, los métodos y las relaciones pedagógicas. La construcción de nuevos hábitos de trabajo en los que lo político (búsqueda de poder) se encuentre subordinado a lo académico sólo es posible después de un gran esfuerzo. El consenso hacia una nueva práctica educativa tiene que irse construyendo con la comprobación de una alternativa en el aula, en los centros de investigación y de extensión universitaria.

En este proceso, la creación de un ambiente renovador es imprescindible; la conformación de múltiples corrientes de pensamientos críticos que generen prácticas novedosas estrictamente académicas y se mantengan al margen del carcomido quehacer político tradicional, es quizá el anhelo que nos hace luchar por una nueva universidad.

